



Queridos amigos:

Seguiré con mi promesa de reflexionar en algunas cartas sobre el amor. Es verdad que ahora estamos metidos en un momento de poca reflexión (puente, fiesta, navidades...), pero siempre hay un tiempo para adentrarse en uno mismo en el que no quiere que lo manejen ni las personas, ni los tiempos, ni siquiera sus propias rutinas, en una palabra, para el que quiere ser libre.

Hoy os propongo pensar sobre el amor a uno mismo. Jesús invitó a amar a los demás como a uno mismo, por tanto comenzaré por aquí. Aunque parecería algo natural habitualmente está lleno de dificultades. Veamos.

El primer problema para amarse a uno mismo es saber quién es uno mismo. Demasiadas veces, por ejemplo, hacemos coincidir el amor por uno mismo con la búsqueda de estar tranquilos aquí y ahora, de disfrutar el instante, de darnos todo lo que nos pide el cuerpo, pero quizá esto sea una trampa sutil en la que confundimos el yo que somos con los impulsos más superficiales de este. O confundimos amarnos con ensimismarnos y pensar solo y siempre en nosotros mismos.

Nosotros somos el ahora de nuestras vidas, pero también somos nuestro pasado e igualmente nuestro futuro y, a este ser en tres tiempos que somos es al que hemos de amar en cada presente.

Empecemos por el pasado. Todos lo llevamos a cuestas, con su presencia brotándonos a cada paso para hacernos el presente más sencillo por la riqueza que nos dejó o para complicárnoslo con las limitaciones que sus dificultades nos impusieron. Amarnos ahora *con nuestro pasado* es reconciliarnos con él dando gracias por lo recibido y haciéndonos humildes sabiendo que dependemos de lo que recibimos. Es amar en nosotros a los que nos enriquecieron. Pero también es reconciliarnos con este pasado perdonando a los que provocaron heridas en nosotros, o aceptando que cometimos errores y que eso no puede cegar nuestro futuro con el rencor, la culpa o la confianza en nosotros mismos. Amarse así hoy con nuestro pasado es saber que somos nosotros mismos, pues en nosotros vive la esperanza de los que se preocuparon por nosotros, y menos de lo que nos gustaría pues tenemos ataduras escondidas.

Hemos de amarnos además *con nuestro futuro* aún no vivido. Es decir, debemos amar en nosotros las posibilidades que se intuyen en nuestro interior, los dones que ahora solo son un brote, pero que pueden ensanchar lo que somos si los cuidamos pacientemente. Por eso, amarnos ahora con nuestro futuro es confiar en que podremos dar de sí en la vida, no desesperar por los límites que ella nos pone, como si nos dijera que todo está perdido de antemano. No dejarnos engañar por la pereza, por la ley de mínimo esfuerzo o el vivir sin más que solo nos empequeñece.

El amor por nosotros mismos ahora *con nuestro presente* es aprovechar cada posibilidad que se nos brinda para dar hondura y amplitud a nuestro ser. Vivir de tal forma que podamos mirarnos al espejo y reconocer que vale la pena lo que nos trae de acá para allá porque dibuja en nosotros una vida amable. Una vida que los demás puedan amar no porque sea heroica, sino porque es honesta consigo misma. Además es no consentir que nos traten como si no valiéramos nada por que no es verdad.

Este amor al pasado, al futuro y al presente que somos tiene siempre un precio, como todo amor. Amar es en ocasiones duro, pero siempre es fecundo. Amar produce a veces dolor, pero es siempre una fuente honda de felicidad. Quien se ama no siempre está feliz porque debe luchar contra una sociedad que le tienta con una vida fácil. No se ama quien piensa que lo mejor que puede hacer es dejar pasar el tiempo sin tomar decisiones, ni comprometerse consigo mismo.

Debemos esforzarnos para amar nuestra vida, una vida que siempre está en camino hacia sí misma. Al principio del camino está el que quiso que pudiéramos amarnos porque nos creó amables y al final está el que siempre nos ha amado que nos recuerda que espera vernos llegar al final y disfrutar con nosotros diciendo: todo ha merecido la pena.

Recibid mi saludo y mi oración de siempre.

Paco.